

# claridad

AÑO VII

SANTIAGO, OCTUBRE NOVIEMBRE DE 1926

N.º 135

MANUEL ROJAS, PABLO NERUDA, GABRIELA MISTRAL, PABLO VIDOR, JUAN GUERRA, GREGORIO MARAÑÓN, DIAZ CASANUEVA, ROSAMEL DEL VALLE, RAINER MARIA RILKE, JUAN DE LUIGI, GERARDO SECUEL, P. GIACONI, R. GOMEZ DE LA SERNA, MARIO CASTILLO, PAUL ELUAR, CHARLES MACKENSTOCK, ETC., ETC.



## DECORACIÓN DE LA SIEMBRA

LA QUILLA DE LOS ARADOS LEVANTA ONDAS DE TIERRA NEGRA Y HUMEDA, COMO UN OLEAJE ESPESO, HINCHADO Y REVENTADO POR LOS BARCOS QUE ARRUGAN EL CEÑO DEL MAR.

LA VOLUNTAD CREADORA DEL HOMBRE DINAMIZA LOS BUEYES MANSOS Y TOZUDOS, PROPAGANDOSE POR LA PICA ELECTRIZADA, RIGIDA E INQUIETA.

EL GRITO AGRESTE QUE ANIMA LA FAENA, ENDULZA LA RUDEZA DEL TRABAJO COMO UN CANTO: ¡ARRE... ARRE... COLORAO... MARIPOSA... HU-U-U-UPA!

AGAZAPADA BAJO LA JOROBA DE PAJA OSCURA, LA CASITA BLANCA RIE POR LOS LABIOS ROSA-

DOS DE UN DURAZNERO FLORIDO.

Y EL ALBOROTO DE LOS CHINCOLES Y LAS DIUCAS, QUE VISITAN LAS ENTRAÑAS DEL CAMPO, SALPICA DE SONIDOS EL PIZARRON AZUL DEL CIELO QUE SE DEJA PINCELAR, VOLUPTUOSO, HIERATICO, POR UNA NUBE BLANCA QUE SE REVUELCA SOBRE EL COMO UNA MUJER DESNUDA.

¡ARRE... ARRE... COLORAO... MARIPOSA... HU-U-U-UPA!

EL HOMBRE VA TRIZANDO LA ESMERALDA FRESCA DEL POTRERO PARA TRANSFORMARLA EN LAGO DE ORO LIQUIDO, EN QUE JUGUETEEN COMO PECES LAS ESPIGAS... ARRE... ARRE... COLORAO... MARIPOSA...

PABLO VIDOR, dibujó JUAN GUERRA, escribió

40 centavos

# EDUCACION SEXUAL POR GREGORIO MARAÑÓN

(Continuación)

La educación sexual, que a tantos padres y maestros buenos ha preocupado de un modo punzante, ¿cuándo y cómo debe hacerse? Terrible pregunta, tan difícil de resolver que casi induce a contestarla con esta otra pregunta: ¿debe hacerse la educación sexual? Porque todos tenemos la conciencia de que, aparte normalidades como las que más arriba hemos considerado, de las ideas y sensaciones que en los primeros años se reciben sobre la vida sexual dependerá el que ésta, en lo futuro, corra por cauces normales o se extravíe para siempre. Y aún en esos casos originariamente anormales, aún en esos "terrenos abonados" para las desviaciones más tristes, ya hemos dicho que un ambiente de fuerte normalidad puede salvarlos, siempre que la inclinación perversa no sea demasiado violenta. Todos estamos, pues, conformes en la importancia de esta educación, pero, ¿cómo obraremos mejor?

Si miramos a nuestro pasado los hombres de ahora, que, por lo menos en España y salvo excepciones, no fuimos sometidos en nuestra niñez y pubertad a otro cultivo de nuestras ideas sexuales que al elemental de decirnos que los niños venían de París, ciertamente no deseáramos para los hijos nuestros, que ahora empiezan a abrirse ante la vida, una pedagogía tan sucinta. Es cierto que muchos logran sortear felizmente los escollos de este brutal empirismo que nos sirvió de aprendizaje, guiados sin duda por un Ángel de la Guarda que hacía compatible el candor de su naturaleza cética con un fino conocimiento de la psicopatología sexual. Pero al mismo tiempo, tenemos la conciencia de que este amigo nuestro y aquel otro y tantos y tantas más que ahora yerran extraviados por la vida de los afectos, pudieran estar hoy, también, a salvo, sin más que una verdad dicha a tiempo o unos minutos de reflexión a los que nadie nos incitó; algo más, en fin que la simple noticia de que aquello "era pecado" y a lo sumo de que el fácil amor de los fugurios podía acarrear una enfermedad que amargase nuestra vida para siempre; verdad que, por ser manejada con tan poca delicadeza, ha sido el origen de tantas timideces trágicas y el pabellón de tantas perversiones.

Volvamos, pues, los ojos a la pedagogía científica. En ella encontraremos abundantes páginas, llenas de erudición y buena voluntad. El pensamiento actual sobre el problema está expresado en esta frase de Bloch: "mejor un año demasiado pronto que una hora demasiado tarde". Es decir, explicar al niño el misterio de la vida de los sexos, con discreción, con dulzura, pero con claridad; y esto pronto, antes de que empiece la temida información callejera y empírica: aún sin miedo, en caso de duda, de rasgar nosotros mismos la inocencia todavía impenetrable del niño. Nosotros, hombres de nuestro tiempo, desde luego hemos de colocarnos en una situación teórica de aceptación de estos puntos de vista. Pero llegado el momento, ¿seríamos capaces de descorrer el velo a nuestros propios hijos o a los hijos ajenos confiados al cuidado nuestro, antes de salir del limbo dichoso de la indiferencia sexual? Y aún suponiendo que por cualquier motivo pudiésemos tener la certeza de que el momento había llegado, ¿con qué palabras les hablaríamos o a qué maestros les encomendaríamos la tarea.

A mí me ha sucedido, ya en más de una ocasión, que algún amigo mío, de espíritu moderno, me ha dicho: "mi hijo va a hacerse hombre; no quiero que aprenda lo que inevitablemente tendrá que saber de unos labios ignorantes, groseros o mal intencionados; hable usted que es médico con él y vaya abriéndole los ojos". Pues bien, confieso que a solas con el adolescente me he sentido tan confuso como me sentiré seguramente ante mis propios hijos, en parecido trance. Si es inocente todavía, ¿podrán ser más útiles mis nociones que unas ho-

ras más, aunque sólo sea una, de inocencia? Y si el mancebo está ya picado de la curiosidad sexual, ¿cómo encontrar las palabras justas para afirmar lo bueno y enderezar lo torcido en la nascente erudición? Se acuerda uno, entonces del efecto bárbaro que nos hicieron en los albores de la hombría, las palabras llenas de buena intención del maestro o de un confesor, aquellos "has hecho cosas malas" o cosas parecidas que a unos hacían sonreír con aire suficiente y a otros les abrían los ojos de la imaginación ante perspectivas inesperadas de perversidad. Ya sé que nosotros o los maestros que eligiéramos no hablaríamos así sino con una delicadeza y una comprensión infinitamente mayores; pero con todo, repitémoslo una vez más, ¿cómo acertar con la expresión conveniente?

Bloch cita la solución "práctica" de tres pedagogos eminentes: Sigmund, de Viena; María Lichniewska, y F. V. Forster, y en sus esquemas se echa de ver con la mayor evidencia lo lejos que están de la solución, aún éstos que han podido llegar hasta la confección de reglas técnicas precisas. María Lichniewska, por ejemplo, propone una respuesta para la primera pregunta que todo niño suele plantearse y que es, por lo tanto, como el abecedario de la instrucción sexual: ¿de dónde vienen los niños? Acabemos, dice, con la fábula estúpida de que los ha traído una cigüeña — o en una caja de París, como decimos los españoles, — la primera mentira sobre la que se urdirán todas las demás, y respondámosles que el niño está en el vientre de su madre muy contento, muy caliente y bien alimentado, hasta que ha crecido mucho y entonces se abre el vientre materno, como una caja que se destapa y el infante entra en el mundo.

Y hasta propone un esquema explicativo con la reproducción visual de esta especie de operación cesárea. Preseindiendo de la tierna delicadeza con que está escrita esta fórmula — nosotros la hemos copiado resumida y no íntegramente — a cualquiera se le ocurre su trivialidad e ineficacia al substituir una poética mentira, la de la cigüeña, por una verdad a medias, y además con ribetes científicos, lo cual es peor que todos los errores. Pero sobre todo se observa en estas fórmulas, como el pedagogo elude cuidadosamente el punto esencial, al hablar de los órganos genitales y de sus funciones, del "por qué" se engendra el niño, sin cuya explicación la historia resulta incompleta para la infantil curiosidad; pero, naturalmente, los pedagogos más resueltos se resisten a darla. El mismo Forster, otro de los adalides de la educación sexual precoz, lo reconoce así y protesta decididamente del único camino que, después de todo, parece natural, esto es de comparar el proceso generador del hombre con el de los animales, que por propia observación suelen conocer casi todos los niños. Y aún, más graves que estas objeciones a la técnica del método son las que pueden hacerse a los consejos generales de los maestros citados, como afirmar: "la educación sexual se iniciará a los trece años", o "en la clase sexta", etc. ¿Cómo si la infinita variedad del desarrollo psíquico y afectivo de los niños se pudiera medir con raseros cronológicos o académicos!

En realidad, la solución, en cada niño, la da, más o menos perfecta, un estudio especial y fervoroso de "cada caso", tal como sólo pueden hacerlo los padres. Claro que esto, como pauta general, supondría que cada pareja de padres, se penetrara de la trascendencia de su responsabilidad en este trance, y que, además, tuviesen la cultura (más de sentimientos que de ideas) necesaria para proceder con tino; y por desgracia, en muchos casos, los padres están distraídos, cansados del trabajo, enfermos o muertos. Pero, de todos modos, esto indica, con otras muchas razones que ahora omitimos, la necesidad imperiosa de que los padres

intervengan directamente en la educación de sus hijos, sobre todo en algunos de éstos más precoces o menos normales; y, singularmente, en ciertos momentos de su evolución. Esto lo saben mejor que nadie los mismos maestros, cuando sienten profundamente la trascendencia de su misión. Los que parecen ignorarlo, son ciertos padres y sobre todo, ciertas madres que creen su maternidad cumplida con poner a sus hijos en el mundo, como un criado coloca la fuente sobre la mesa para que otros se las entiendan con ella.

Desde luego, el problema es distinto en los niños y en las niñas. Yo creo, que, al menos en la sociedad española, no hay inconveniente en que las niñas no sean especialmente instruidas en una porción de detalles para los que no hay, en general, una gran curiosidad en el tranquilo erotismo de este sexo. No adelantarse, pues, a la enseñanza de la propia vida; a lo sumo aclarar esta enseñanza con discretas apostillas científicas y morales. Pero en el niño, que vive desde mucho más pronto en una atmósfera extraña al hogar y que, además, siente de un modo más fuerte y más ostensible para su propio organismo el paso del instinto que se despierta, no es fácil guardar esta misma actitud de pasividad relativa y habrá que ir ayudándole como se pueda, pero siempre sin atender a reglas generales y procurando no adelantarse demasiado a su curiosidad, ya que una verdad a destiempo puede perjudicarle — disiento, pues, de Bloch — más que la ignorancia misma.

A mí me parece que puestos a elegir una pauta, aún con todas las vaguedades que hemos de dar a esta palabra, la mejor sería en uno y otro sexo, el ilustrar con palabras prudentes los ejemplos de la naturaleza, que no suele equivocarse. Esta es precisamente, una de las ventajas de que los niños vivan el mayor tiempo posible en contacto con ella, en el campo, donde tanto como del vigor físico se apoderan sin saberlo de estas lecciones de realidad, inapreciables, que en las casas y en las calles de las ciudades no suelen existir. Allí ven, sencillamente, si no se les emponzoña la visión con hipócritas aspavientos, cómo los animales se copulan, cómo unos nacen por medio de huevos y otros directamente del vientre de la madre, cómo ésta los nutre, con los insectos y florecillas campesinos o con la leche de sus ubres, etc. etc., y todo ello bajo el sol, con la misma naturalidad con que el día y la noche se suceden. La desorientación de nuestro vulgo (en el cual naturalmente se incluyen gentes de las más altas categorías sociales) a este respecto, todos hemos podido presenciársela cuando, ante dos animales que en plena calle satisfacen el instinto generador, los espectadores se dividen en dos grupos: uno que hace del noble acto un espectáculo grotesco; y el otro, el peor, el de los que se tapan los ojos y se los tapan a sus hijos, ante una lección que da el propio Creador y que hay que aceptar, por lo tanto, respetuosamente.

Esta es la razón de que también nos parezcan nocivas para la educación sexual la mojigatería excesiva en las costumbres públicas de ciertos pueblos como el nuestro. No hay que insistir en el hecho, eternamente reconocido, de que lo que se oculta más, es lo que más ardientemente se desea; y esto, en lo sexual, es tan cierto, que llega a pensarse, como ya en otra ocasión he dicho, si la invención del pecado de la carne no tendría su origen en un noble fin afrodisíaco, puramente higiénico, como los tienen otras prácticas religiosas, tales como nuestros ayunos y abstinencias, las abluciones de los musulmanes, etc. Un campo de experiencias sumamente provechoso para esta observación nos lo proporciona la vida de las playas; siendo evidente que donde se encuentran los casos más típicos y más difundidos de rijosidad, de sexualidad no por contenida menos desvergonzada, es en las playas españolas, en las que, incluso, se dan disposiciones gubernativas para la separación de los sexos y por la llamada "decencia" de los trajes. Refiere un gran escritor contemporáneo que en una población de la costa del norte de España, había, en el casino, una torrecilla y en ella una habitación con un gran catalejo, y los socios, subían por turno, a horas determinadas, a sorprender desde el observatorio el momento en que una mujer, de la ciudad, aunque fuese una vil maritona, se ajustaba el corsé, en un cuar-

to lejano, medio abierto por el calor veraniego. Este y otros casos de la rijosidad española, depende exclusivamente del exceso de mojigatería en las costumbres, que, desde luego, no siempre coincide con la castidad de la vida interior.

En las playas extranjeras — francesas, alemanas, inglesas — donde reina una mayor libertad del desnudo, desde luego, no hay observadores ocultos; ni jóvenes y viejos que espían la contemplación de desnudeces, que allí están defendidas por una barrera más eficaz que los hábitos franciscanos, que es la naturalidad.

Todos cuantos se han ocupado de estas cuestiones, insisten mucho sobre el enorme valor que tiene para defender a los jóvenes contra los peligros de una sexualidad incorrecta, el fomentar por todos los medios su energía física y espiritual. Aquí está, para nosotros, sin duda alguna, la clave, hasta donde es posible hablar de claves en problemas tan complejos. La ocupación intelectual o física, el trabajo, en todas sus formas, y a ratos el deporte, son los antídotos naturales contra todas las miserias que la vida sexual puede acarrear a los jóvenes.

Así se han logrado éxitos individuales y hasta colectivos espléndidos en la juventud de los países sajones, y aún en el nuestro, es indudable que el joven que aborda la madurez con un pasado sexual honorable, es siempre un joven energético y probado desde bien temprano en la actividad intelectual o física. Lo primero, el trabajo que es la forma normal, fecunda y sagrada de la actividad; y en segundo lugar el deporte, trasunto o substitutivo de aquél, que en toda edad, pero principalmente en la juvenil debe alternar con el trabajo verdadero; pero aún los que, en virtud de las desigualdades humanas todavía subsisten para vergüenza de la humanidad, pueden prescindir del trabajo, mejor es que sean deportistas, antes que entregarse al ocio, padre, como se ha dicho, de todos los pecados, pero especialmente de los del sexo.

En trabajos recientes he insistido mucho sobre esta cuestión, tratando de demostrar que la eficacia de la actividad contra los desvaríos sexuales no nace de una mera conversión ocasional de energías, sino que tiene un sentido biológico profundo, ya que la actividad social, sobre todo en el sexo varonil, es un verdadero equivalente sexual y por lo tanto, el substitutivo fisiológico de los placeres primarios del sexo. El hombre que trabaja, cumple una función absolutamente inherente a su virilidad; así, pues, se acerca, además, al ideal, cuya importancia comentaremos luego, de lograr una máxima individualización de su sexo. Y así también, nos explicamos el hecho, en apariencia paradójico, de que el hombre que da en la vida, demasiado lugar a la persecución del amor, se aleja del patrón de su sexo, como les ocurre a los donjuanes...

Veamos ahora el segundo grupo de causas de las humanas desdichas sexuales a que antes nos hemos referido: las desarmonías — eróticas — las palabras clásicas de Metschnikoff — que con frecuencia surgen, en la vida sexual de hombres y mujeres, entre el instinto y el deber. Apenas será necesario que insistamos sobre este concepto. Una mujer y un hombre se aman, se unen y tienen un hijo. Y la naturaleza les ordena que han de seguir unidos para lograr, entre los dos, porque ambos tienen su papel distinto e insubstituible, que este niño se convierta en un adulto apto para la vida independiente. Este es, pues, un deber natural que recíprocamente han contraído. A él se añaden los deberes morales que atan a la pareja con la trascendencia de la intimidad de su unión. Y después los deberes sociales, esto es el contrato que la ley les impone y la sociedad suele exigirles. Y, en fin, el deber religioso que sanciona con vínculos ciertas confesiones indisolubles, el ayuntamiento. El instinto del hombre y la mujer corren, en ocasiones, durante la vida entera, paralelos a estos deberes y entonces la pareja vive feliz hasta que la muerte los separa. Pero otros veces, el instinto se desvía y entra en conflicto con el deber.

En otros grupos de casos, el hombre o la mujer quedan sueltos en la vida; no han podido contraer estos deberes derivados de la paternidad, por razones de índole oscura, y social económica, patológica, etc. He aquí, entonces, los dos caminos insubstituibles: o encontrar la solución en una castidad serena, o satisfacer su instinto por modos anormales, entre los que in-

cluimos naturalmente la prostitución. En los célibes a la fuerza, que se reclutan casi todos entre las mujeres, el hecho mismo, "de no poder elegir" constituye ya una desarmonía primordial que unas veces el tiempo convierte en conformidad y otras busca para aliviarse los más irregulares caminos.

De estos diversos tipos de desarmonías entre el deber y el instinto, surgen (o cuando menos, florecen a su sombra,) la mayoría de los males de la sexualidad: la prostitución en todas sus

formas con la terrible secuela de las enfermedades venéreas y gran parte de las aberraciones sexuales, muchas de las cuales, requieren, como ya hemos dicho, un previo "terreno" anormal, pero otras, como el onanismo y algunas más, más graves que ésta, pueden originarse directamente de las dificultades o la imposibilidad para la normal realización del amor.

(Continuará)

## LA PROPIEDAD INDIVIDUAL

Todo nuestro sistema actual de derecho privado se funda sobre el principio de la propiedad individual, y a su redor se agrupan y entrecocan los que quieren conservar intacta nuestra organización social y los que se proponen transformarla. Todos comprenden la gravedad de este debate y la importancia de su desenlace.

Preguntemos a aquellos para quienes la propiedad individual es sagrada y cuya desaparición o simple alteración atraería sobre la humanidad irreparables desastres:—"¿Por qué respetáis la propiedad?"—Algunos declararán francamente que no saben por qué, que su respeto es resultado de la indiferencia o de la ignorancia.

—"La propiedad es un derecho natural imprescriptible," responderán con aire de suficiencia: los que han oído hablar de la grandiosa y cándida Declaración del Hombre, por la cual se ha sentido en estos últimos años gran entusiasmo.

—"En virtud de qué autoridad afirman esa supuesta verdad, cuando la historia, la severa segadora de falsos principios, demuestra que los pueblos vivieron antes sin propiedad individual; que sin ella se desarrollaron normalmente y cumplieron su misión en la evolución humana, sin que el desconocimiento de ese derecho natural les perjudicara en lo más mínimo? ¿Cómo ha de ser la propiedad derecho natural e imprescriptible si ha nacido en el curso de la evolución jurídica para responder a nuevas necesidades? Nuestros hijos podrán suprimirla en la seguridad de que la naturaleza no sentirá por ello la menor conmoción ni la más tímida repugnancia.

Otros, considerándose filósofos, seguros de su triunfo dicen:

—"La libertad hace concebible, posible y razonable la propiedad; la libertad se realiza en la propiedad y no puede realizarse de otro modo. Quien quiere la libertad debe querer la propiedad".

—"¿Qué singular desprecio de la historia deben sentir los adeptos más o menos convencidos de esta filosofía de la propiedad hermanada de la libertad! Durante una sucesión de siglos la propiedad individual ha hecho buena compañía con el despotismo más ostensible, con el desprecio más absoluto de los derechos individuales. Y en nuestros días, a pesar de la proclamación del dogma de la libertad, una multitud inmensa de individuos, por carecer de instrumentos de trabajo y de primeras materias, se ven obligados a ponerse al servicio de otros y que dan sujetos, sino de derecho al menos de hecho, a aceptar las condiciones que se les imponen. ¿Y como no se ve que lo que impide al proletariado vivir produciendo libremente apropiarse los instrumentos y las materias utilizables, es precisamente la propiedad individual? Con ella tropieza siempre, de cualquier lado que se vuelva, el pobre diablo lanzado al mundo que, para satisfacer sus necesidades, sólo cuenta con su buena voluntad y su vigor físico e intelectual. Ella es la que pone la mitad de aquellos hombres a quienes el Estado garantiza la propiedad, pero no una propiedad, bajo la completa dependencia de la otra mitad para quien la propiedad es una realidad más tangible.

Quizá la propiedad fortifica la libertad de los que son algo más que propietarios virtuales—es decir "no reales", pero que tienen la "posibilidad" de llegar a serlo por ejemplo, si les cae la lotería—; pero aniquila en ese caso la libertad de los demás, de los no propietarios de instrumentos de trabajo y de materia utilizable. Si se quiere la libertad de todos se ha de procurar que todos sean propietarios individualmen-

te,—lo que en la práctica es imposible,—y han de serlo en el mismo grado,—lo que prácticamente es más imposible todavía.—

La propiedad es, pues, impotente para realizar la libertad de todos, la única deseable, siendo en realidad un agente de servidumbre, puesto que permite la acumulación de los bienes en manos de algunos que por este hecho se hacen libres y, por tanto, se convierten en amos. No puede racionalmente suponerse que la posibilidad jurídica de llegar a ser propietario basta para dar a la libertad todo su alcance; si eso fuera posible, la posesión de una mandíbula sana y de un estómago robusto bastaría para calmar el hambre...

Pero dicen los economistas: "La propiedad es legítima por que tiene por origen el trabajo"—Sí, puede admitirse de una manera general que la riqueza creada debería pertenecer al que la creó; pero el no suele suceder así en la sociedad; la ley ni siquiera menciona el trabajo en los modos de adquisición de la propiedad. Pero aún ateniéndonos a esas generalidades, debe hacerse constar que los objetos susceptibles de propiedad no están actualmente repartidos en proporción del trabajo suministrado.... Además, ¿basta para santificar la propiedad hasta el fin de los siglos, el hecho de que todo producto ha salido originariamente del trabajo? ¿Está suficientemente justificado mi derecho a mi propiedad, siendo hombre ocioso, ciudadano inútil, por el trabajo de uno de mis antepasados cuyo nombre conozco solamente como miembro integrante de mi gloriosa genealogía? ¿No es evidente que si el laborioso puede equitativamente reclamar el fruto de sus fatigas, su sucesor no tiene igual derecho para sentar un monopolio sobre lo que constituye el producto del sudor de su antecesor, que en realidad es trabajo ajeno?

Vienen después los que, dominados por el prestigio de las grandes palabras, y éstos son innumerables, dicen en estilo declamatorio: "¡La propiedad es justa!" Mas de los bajos fondos en que el proletariado nace, trabaja y muere, se eleva un grito de rebeldía desesperada protestando contra la propiedad como una injusticia.

¿Dónde está la verdad? Para responder sería preciso que el Justo descendiese otra vez sobre cualquier Sinaí para solucionar definitivamente el angustioso conflicto y fijar la idea de justicia; pero la noción de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, como la del frío y el calor, aunque universal, es relativa. Uno dice justo, otro injusto, y ambos, si son igualmente serios y morales tiene razón, puesto que no hay más juez de la justicia que la conciencia individual. La afirmación del uno se neutraliza por la afirmación del otro...

Respétase la propiedad, no como una institución definitiva, sino como el recurso que realiza la perfección relativa que puede esperarse de las cosas humanas, como un expediente cuyo valor consiste en sus resultados prácticos, destinada, después de una existencia más o menos prolongada, a ceder el puesto a un expediente mejor, si se presenta...

El objeto principal de la propiedad individual, en su origen, pudo ser sencillamente evitar el conflicto de las ambiciones delimitando los derechos de cada uno; de hacer una repartición cualquiera de los bienes para poner fin a las disputas y a las quejas, algo semejante a la distribución de la carnicería entre las fieras hambrientas, en que el domador y el látigo es tá representando por el poder público y la ley. El objeto de la propiedad sería probablemente acallar los ruidos de los egoísmos individuales, o al menos oponer a sus atrevidos zarzapos los

sólidos barrotos de la ley. De ese modo, los unos podían devorar su parte privilegiada con toda seguridad; los otros, envidiosos, permanecían callados y atemorados ante la imposibilidad legal.

Pero téngase presente que si la propiedad no deriva regala con autoridad la repartición de los bienes entre los individuos, ha llegado a ser, después de la transformación de las costumbres y de las ideas, un manantial de divisiones y que relas, resultando que los conflictos que crea son tan graves o más que los que con ella se quisieron evitar.

## EL EMBROLLO POLITICO

Desde que los militares iniciaron sus asonadas, apoderándose de hecho del Gobierno y derrocando a los partidos políticos que no les quisieron aumentar oportunamente el sueldo por asignarse sus representantes la dieta, dijimos que la masa productora, los trabajadores organizados en sindicatos y no organizados, debían mantenerse al margen de la lucha, no incorporándose a los cuadros civilistas ni militaristas, sino iniciando un movimiento popular propio, con un programa de finalidad francamente revolucionaria en el sentido anticapitalista y anti-estadual. Preconizamos, en aquel entonces, la organización por barriadas, aprovechando los medios que en cada sector de la ciudad poseían los sindicatos de productores. Algo de esto se hizo, naciendo espontáneamente el movimiento de los arrendatarios. Desgraciadamente, no se mantuvo él en su orientación primitiva y, apenas se divisó la forma de medrar a su costa, se fraccionaron las fuerzas, entre los que mantenían su orientación esencialmente revolucionaria y expropiadora, cuyo lema era: no pagar por las habitaciones insalubres, (corriente anarquista-sindicalista) y los colaboracionistas que consideraban el decreto Salas como base del movimiento y se desgañaban y se peleaban por nombrar representantes ante los llamados tribunales de la vivienda (corriente comunista). Así se perdió el único movimiento valioso para los trabajadores que nació al margen de la inquietud producida por los golpes militares. Después—en el hecho—las organizaciones políticas de los trabajadores han marchado como veletas inclinándose al sol que más calienta. El partido demócrata, el comunista y el de los asalariados han creído robustecerse y valorizarse coqueteando con los militares o los civiles, vale decir con los elementos burgueses. Han sido impotentes sus representantes y dirigentes para orientar a las masas, que dicen representar, e imprimirles el dinamismo indispensable para las grandes jornadas. Toda la presión de la máquina se ha escapado por la válvula de la dieta. No sólo se han concretado a vivir mejor y a gastarse lo que juraron no pertenecer a ellos sino a su partido, sino que han sido incapaces de tomar una determinación decidida por temor a quedar sin sueldo. Si la masa fuera menos borreguil—o sea, disciplinada—habría castigado duramente esta traición. ¿Qué confianza se puede tener en jefes tan desleales, que cambian de actitud apenas ingieren el primer bocado y reciben el primer apretón de manos? ¿Qué significado revolucionario pueden tener tales hombres, cuya idealidad radicaba únicamente en sus estómagos vacíos y que, ahora, reniegan de los que los llevaron al poder de una falsa oposición parlamentaria porque usan zapatos importados, cuello limpio y comen cada vez que el estómago se los solicita? ¡Estos morbos introducidos en la dirección de los partidos obreros son más peligrosos que todos los ganchos de la burguesía!

Muy ufanos están por el crecimiento de sus partidos, pero no hay tal crecimiento: los partidos en descomposición se hinchan y no crecen, tal como ocurre con un cadáver que se pudre.

A la hora undécima han lanzado un manifiesto pueril e infantil, en que propician la implantación del Soviet y el apresamiento del coronel—ministro y otras diabluras. Cuando entenderán estos temibles revolucionarios de cortón piedra que estas cosas deben hacerse antes de decirse y callarse cuando no se es capaz de ninguna acción decisiva!

Por tanto, si la propiedad legal no tiene otra utilidad, es prudente buscar otro modo de repartición de los bienes que tenga las ventajas de la propiedad individual sin sus inconvenientes, que asegure el orden sin destruir la paz. Si se conociera alguna institución nueva que llenara esas condiciones, conviene que reemplazara inmediatamente a la antigua, so pena de desconocer el Derecho y su misión, y provocar la reacción frecuentemente brutal de los hechos.

Dr. Charles Mackenstock.

¿O seguirán siempre creyendo que la revolución se hace a gritos?

Frente a estos hechos, se reafirma el concepto libertario de la revolución: nada se gana con ungir amos, ya que el hombre se corrompe en el poder y se incapacita para realizar una labor liberadora por no alcanzar siquiera a informarse en las 24 horas del día de los asuntos que le corresponde resolver por su situación. Un movimiento de justicia y libertad debe descansar en la acción de toda la masa que lucha por emanciparse y no ser delegado en un comité ejecutivo o en un dictador, ya que así se entronizaría una nueva tiranía con el pretexto de destruir otra. Los trabajadores necesitan, entonces, agruparse en cualquier forma que les permita actuar sin sumisión a jefes. En otra condición serán siempre traicionados y defraudados en su aspiración de integral emancipación, tal como lo son ahora en las pequeñas escaramuzas parlamentarias por los hombres que tienen su representación y en los cuales han delegado su poder de fuerzas organizadas.

Pero, fuera de este peligro de orientación del movimiento obrero, hay un punto grave en la situación actual que puede determinar un retroceso en el camino de la emancipación de los trabajadores porque constituye una verdadera mistificación colectiva.

A propósito del entredicho de la Cámara de Diputados y del Ministro de la Guerra, ciertos grupos (partido comunista y demócrata) se han inclinado por los llamados civiles y otro grupo (asalariado) por los militares. Aparecen de hecho los grupos políticos—obreros divididos, prestando su apoyo a organismos que son esencialmente contrarios a sus aspiraciones, ya que está probado lo que el grupo militar representa y se sabe que los llamados pomposamente civiles son los representantes de la burguesía, que cantan el tango de la libertad porque no tienen la sartén por el mango; pero que cuando están en el poder usan a los militares como instrumento de persecución obrera y esconden la mano que ordena los asesinatos colectivos, tal como ha ocurrido en las matanzas de la pampa salitrera.

Creemos, por esto, que los obreros deben abandonar definitivamente tan peligrosas alianzas y concretarse a fomentar el descontento en el pueblo y cimentar un movimiento propio e independiente con un definido programa anticapitalista y anti-estadual, para cuyo afianzamiento y pronta realización no se reste fuerzas prestando apoyo a ninguno de los bandos en pugna aparente (civilista y militarista) y, por el contrario tratar de mantener este entredicho para debilitar al máximo las fuerzas sostenedoras del actual régimen, que si hasta ahora no cae no es por no estar corrompido y desprestigiado, sino porque los productores de la riqueza social no tienen la conciencia necesaria para orientar sus movimientos por el camino verdadero que los llevará a la verdadera libertad.

Juan Machuca.

## PALABRAS VIEJAS DE UN NUEVO DISCURSO

Un discurso apenas comenzado en la Cámara, pero publicado luego en la prensa y transcrito a todo el país, ha puesto nuevamente de actualidad al Ministro de la Guerra.

Lo cierto es que el señor Ibáñez, está siempre de actualidad en esferas que se guardan muy bien de propalarlo, de modo que el público, sospechándolo todo, lo ignora todo. Pero los hombres que ahora aspiran a representar movimientos históricos contra los Parlamentos y los Poderes representativos no gustan permanecer mucho tiempo olvidados. Por lo menos, así lo hace Mussolini, y naturalmente han de hacerlo también el inocente Primo de Rivera y cuantos se crean en la corriente del insigne comediante italiano.

El Ministro Ibáñez ha roto el silencio que desde algunas semanas rodeaba su persona, con un discurso contra la Cámara de Diputados y, pensándolo bien, contra el Parlamento.

No se trata ciertamente de una novedad en cuanto a conceptos ni en cuanto a conflicto entre el Ejecutivo y el Congreso.

Todo lo expresado por el señor Ibáñez forma parte de ese conjunto de juicios que desde hace tanto tiempo se viene acumulando sobre el edificio de los partidos y del parlamentarismo. Nadie ignora quienes han sido y son en su mayoría los representantes del pueblo, como se hacen los diputados y los senadores y qué puntos calzan en antecedentes, en cultura y en honradez. El Ministro de Guerra ha repetido en un discurso oficial lo que se piensa y aún se dice en cualquier parte.

Después de los discursos del Presidente Alessandri contra el Senado, cuyo conflicto no era todavía el primero que ocurriera en nuestro país, tampoco es nueva la actitud del señor Ibáñez.

Sería nueva si al pronunciar y publicar su discurso estuviera realmente libre de acusaciones.

Pero ni siquiera esta novedad tienen las palabras del Ministro.

Por eso, desde luego, y porque el Parlamento viene a ser ya la cosa más despreciable que hay en este país, con sus viejos políticos y sus partidos moral y políticamente liquidados, el incidente de la Cámara no ha conmovido sino a algunos empleados públicos a los incrustados en la burocracia mediante las influencias de uno u otro de los bandos.

Para el resto, la cuestión ha ocurrido en la luna.

A pesar de que tiene también una significación: la de que nos hallamos plenamente en la crisis de todos los hechos y de todos los conceptos de política que hasta ayer prevalecían y que nos encaminamos a una situación que, por lo demás, no sería la única de los actuales momentos en el mundo.

Aramis.

## EL HOMBRE INUTIL

En la última llamarada de su razón el hombre miró hacia atrás; vacío, sombra de lo vano, tristeza de haber alcanzado nada; las palabras inútiles, las protestas inútiles, el sacrificio inútil y a sus espaldas, como un fardo de aturdimientos, una alargada caravana de injusticias y el ruido férreo de la eterna, fosca cadena de amarguras. Así su vida.

Entonces, un decaimiento agudo, físico, le desterrilló los brazos que cayeron a lo largo de su cuerpo, le soltó los resortes de las mandíbulas, le desconchó los ojos y, como si una mano cerrara la llave de una luz, un último, fugaz esplendor de razón cerró la llave de su cerebro.

Una racha violenta le arrastró para allá, le envolvió, le revolvió y le devolvió rígido, obscuro y despedazado, igual la ola arroja en la arena quemada el cuerpo de la gaviota caída de fatiga en la onda del mar.

Cifuentes Sepúlveda.

Compre Ud en el  
**Emporio Valparaíso**  
Arturo Prat 972  
Teléfono 262, Matadero

## PAUL MORAND GREGUERIAS

Un cosmopolita con esa curiosidad aislada de los monumentos, paseos públicos y los museos, entrando "en cada nación bien cuidada con ese olor espantoso de las personas que han viajado toda la noche." Uno podría detenerse a ubicar con firmeza a este inspector especial de los ferrocarriles y hoteles internacionales. En cada estación se nos escurriría y al día siguiente tendríamos su fotografía en la temperatura de otras fronteras. Nos tendería la mano en Berna y después, al devolverle el saludo, ya él habría inflado el mediodía de Constantinopla.

Entre los nuevos escritores de Francia, Paul Morand, se nos aparece como el más interesante, al lado de la dispendiosa imaginación millonaria de Valéry Larbaud. Sin embargo, Morand no traza sus figuras por encima de las fronteras. Monta su cabaret curioso y el monóculo ubica la actitud local con su cielo, sus ciudades, sus mujeres, y la farsa apenas si se parece a las demás y cada una tiene su

cel. De todas maneras, muy luego "el Oriente-Espresso arrastraba en la noche su clientela hebdomadaria hacia Turquía.

Y otra escena, sólo cambiando el color atmosférico, desde Constantinopla a Roma y desde allí a París de nuevo, la NOCHE DE LOS SEIS DIAS. Recién entrado o salido el sol, a Hungría. Allí una mujer se llama Zael y tiene un amigo ruso, Apotheos, "con unos modales irresistibles, según ella, menos cuando la muerde el brazo hasta el hueso, de alegría." Después a la Noche Nórdica, en la que una encantadora Aino se le entrega tirándole al cuello y al alma este curioso arrullo: "Eres un cecchino internacional".

Es difícil hablar de la técnica constructiva de Paul Morand. Su originalidad danzarina hace brincar el análisis y todo el mundo participa de su fiesta maravillosa y rápida. Se va a sus libros, y los trenes, los hoteles, las mujeres, giran como un cinematógrafo donde el color de cada escena tuviera sonidos.



Día frío: Pettoruti

cartel de interés llamador e inconfundible, como saludar en diversos idiomas.

En ese ferrocarril pintoresco de "Cubert la Nuit" amanece uno en Barcelona como en su casa, además de una mujer y una tormenta, donde "el cielo se rasga como una pieza de seda". Ella es la viuda de un revolucionario, un revolucionario auténtico junto al que florecieron con estrépito esas encantadoras bombas Barcelonesas. La mujer recuerda a su héroe y luego "se enjuga una lágrima con el pañuelo de encaje, del tamaño de un sello". Después habla de España, especialmente de Barcelona, donde "se fabrican casas con pasta de vidrio, y los autos pueden subir hasta el quinto piso". Allí "la artillería invade las plazas, las ametralladoras los monumentos y se dispara a mansalva. Se detiene a domicilio se inspecciona hasta de noche, se juzga sin abogado ni testigos, etc., y la verdad queda oculta para cincuenta años." El curioso inspector de atmósfera internacional le escucha sonriendo y enamorándose a veces, al lado del anfitrión don Samuel Pacífico, profesor de Historia del Liceo Luis el Grande. La viuda aceptaría invitaciones telegráficas desde Pekín, ya "que no le gusta estar sola, porque todas las noches siente golpes misteriosos en la persiana, y cuando abre el armario para sacar una camisa ve dentro a una monja." Se llama Remedios, como es de suponerlo, se deja querer por el viajero y le enseña el castellano haciéndola pronunciar mil veces la frase: "PAJARITO DE LA JAULA ROJA". Luego el amor se acerca distancia entre "la guardia civil con botas, más la banda militar con alparagatas, los toros, el alcalde. En una pieza de hotel el amor tira por fin sus cartas y afuera, a veinte metros, un agente vigila a la revolucionaria. Un atentado y luego Remedios a la cár-

Con Valery Larbaud, Philippe Saupault, Joseph Delteil, Pierre Girard, Pean Giradoux, Paul Morand forman un nuevo mapa mundi para la curiosidad moderna. La obra de Paul Morand, no está ubicada en un punto esencial y aparece como las estaciones a la orilla de las señales espectaculares. Después de "Ouvert la Nuit", llega a "Fermé la Nuit" y allí concluye su vuelta al planeta comenzada con "Tendress Stock". Luego se detiene dos metros y hace explotar la cinta estrepitosa de "Lewis et Irène". Grandes volteretas amorosas y financieras sacuden a los tahures del "sprit" de este libro equilibrista. Entre el movimiento financiero del Consejo de Administración de la Anglo-Africana y otras compañías de productos jardineros como el caucho, la locura, el oxígeno, etc., la historia de Lewis va a saltos, continuando, invadiendo. Todo entre el circo de color de Paul Morand y su barómetro de pájaros sueltos. Las imágenes aparecen entre las palabras como espacios inflados y se van precediendo o cerrando la raya del relato. como en Delteil, Giradoux, Saupault, etc., el argumento no es la fuerza de la novela, sino un simple elemento o escenario de imprevisto donde se mueren los personajes, las palabras, como si saltaran de la batuta del director de una orquesta silenciosa y solamente animada por la luz o la sombra, según el tiempo y la voluntad. Y todo rápidamente.

Es una tarea difícil demostrar en cuatro líneas el valor artístico de un escritor como Paul Morand. Hay que entrar en su red abierta o si es posible detenerse a la orilla del color de sus trenes internacionales, rompe-túneles como gaviotas atravesando las esterillas del cielo.

ROSAMEL DEL VALLE

Este farol que suena en la noche, parece que viene de una verbena con el pito en la boca.

Hoy he visto pasar un canastillo de flores de tan mal gusto, tan tristón, tan fúnebre, que veo ya morir a la señorita a la que ha ido dedicado como una corona.

Tienen una última coquetería otoñal los álamos y los castaños de las Indias. Parece que un dibujante distribuye sus hojas, busca sus efectos en su agonía, tiene en cuenta cómo se ha de destacar sobre el cielo cada detalle.

Estos días han echado las acacias unos pingajos negros, cuya aparición podríamos resumir, diciendo: "En las acacias han florecido los calcetines".

Lanzando al aire un billete de tranvía se cree una mariposa, que nos sorprenderá escapando por encima de los tejados.

Ese "lápiz suspendido" — que está colgando de una fina cadenita, que a la vez que cuelga de una pértiga flexible que emerge sobre la mesa como un junquillo que hubiera florecido en ella, y que va adonde se le llama, haciendo que se incline servilmente todo el aparato — es como lápiz recién pescado, el pobrecillo revoloteador que la caña de pescar ha de stacado en el aire después de ese tirón afortunado que da el pescador que pesca.

Cuando viviendo en una casa cuyo balcón da al campo, oímos un tiro en el horizonte, sentimos la bala en la frente..., y, sin embargo, resultamos ilesos.

Los acordeones de las máquinas fotográficas debían sonar al ser desplegados.

A veces vemos que las mecedoras se mecen solas... Es que mecen los fantasmas o los chiquillos del viento.

Los tranvías pasan por la noche oscura, remando con los largos destellos de su luz.

Ramón Gómez de la Serna.

## Suscripciones a "CLARIDAD"

## CHILE

Por un año . . . . . \$ 5.—

Número suéito . . . . . „ 0.40

## EXTERIOR:

Por un año . . . . . „ 10.—

Se encuentran a la venta colecciones de los años 1920, 1921, 1922, 1923 y 1924.

Toda correspondencia dirigirse a

Casilla 3323 - Santiago

LEA PANORAMA

# POESIA POR HUMBERTO ENTRE PEU D'AUTRES

## DIAZ CASANUEVA

EL FRIO SURGE EL FRIO LENTO LLANO  
 EL GRILLO EN LA SOMBRA PARTE SU VIENTRE  
 ERA SU INSISTENCIA SU BREVE MANERA DE ESTARSE  
 PARA SER CANTADA  
 AHORA EN EL SILENCIO SUENA MI SED DE MOLINOS  
 Y ELLA PENETRA COMO UNA ESPADA  
 GUYA RESISTENCIA FUERA MI DESPERTAR  
 CADA VEZ MI AFLIXION INCIERTA  
 HASTA LA TARDE QUE SE DESMORONA  
 LA TARDE QUE REMABA CON SUS MANOS  
 PERDIDA ESTA COMO UN MINERAL EN SU ABISMO  
 MI ALMA BLANDA DE ROCIO NOCTURNO  
 LA TRISTEZA EN SU DESPIADO ME COGE EN MEDIO  
 QUE FUE PERDIDA AH SI LA HUBIERA GUARDADO  
 COMO EL SOL EN LOS AVAROS  
 TODAVIA EN MIS BRAZOS PARA AGACHAR EL CIELO  
 LAMENTANDOME TACITURNO ADONDE VOY DEVORADOR DE SALES  
 TRISTE CORAZON MINADO DONDE NO LA ENCUENTRO  
 DONDE NO HURGO EN SU VOZ COMO LA LANA  
 LA NOCHE COMO UNA VIOLETA DECAE EN SU OLOR  
 SORPRENDO A LA PALOMA QUE EMPOLLA LA LUNA  
 ATAJO MI SED DE GRACIAS ESTOY HERIDO EN MI ADENTRO  
 SIN AIRE EL CANTO CUAN ES GRANDE SU ATROPELLLO  
 A SU ORILLA MI VIDA YA NO TACTA  
 ATERIDA COMO LA PORCELANA  
 CON GRAN PASION SIN ABATIRME COMO UN BUEY  
 TIRANDO DE LA NOCHE  
 ES EL DOLOR AMIGOS ES EL FRIO SU PROVISION DE LAGRIMAS

SES YEUX ONT TOUT UN CIEL DE LAR-  
 |MES  
 NI SES PAUPIERES, NI SES MAINS  
 NE SONT UNE NUIT SUFFISANTE  
 POUR QUE SA DOULEUR S' Y CACHE.

IL IRA DEMANDER  
 AU CONSEIL DES VISAGES  
 S'IL EST ENCORE SA CAPABLE  
 DE CHASSER SA JEUNEUSSE.

ET D'ASTRE DANS LA PLAINE  
 LE PILOT DE VENT.  
 C'EST UN AFFAIRE D' EXPERIENSE:  
 IL PREND SA VIE PAR LA MILIEU.  
 SEULS, LES PLATEAUX DE LA BALAN-  
 |CE...

### PAUL ELUAR

#### ROSA DE LOS VIENTOS

Pettoruti.

En Chile no hay pintores. En la república de Chile no hay escultores. En el estado democrático chileno sólo hay, en cuenta de pintores y escultores, una serie indefinida de arañas de de destacada ignorancia.

En cambio en la Argentina, pintores como Emilio Pettoruti, Xul Sol, Norah Borges, etc. adquieren cada día, un relieve más claro y muy digno de su obra. En fin, ese país por algo no se llama Chile.

Emilio Pettoruti, en sus cuadros que de allá nos llegan, refiere un sistema de técnicas, tan sabio y abundante de delicadeza. Ha viajado por Europa y conoce todo el enorme paisaje que allá se desarrolla alrededor de la pintura.

De repente reviste un carácter perfectamente impresionista, otras veces nos hace acordarnos de Picasso, en sus retratos. Y por todas partes no le abandona jamás un sentido de la verdadera sensibilidad.

"El jardín" es un cuadro a pesar de su construcción tan avanzada, es romántico. A quién ha pintado "El flautista ciego" no se le puede negar su fondo de gran sentimentalismo.

En fin. Que estas pocas palabras sean como si de aquí le estrecharamos la mano, después de su triunfo en Córdoba y otras ciudades.

La guitarra de los negros.

por Ildefonso Pérez Valdés

Con varias distinguidas viñetas, muy características de María Clemencia, muy características respondiendo perfectamente a la simple pureza del arte moderno, que, apesar de los pocos rasgos detallistas, tiene múltiples rasgos de sensibilidad y emoción.

En cuanto a los versos, para muestra, algunas estampillas.

"Los payadores tienen en las manos  
 la seda de los cantos"

"Los caminos se detenían al sol como la  
 |gartos"

"Las flores del campo  
 vestidas de percal"

"Los senos tienen el temblor  
 de la rosa y de la azucena.  
 Senos, nidos de las manos"

"Ah, los pobres senos de las prostitutas

caídos como los nidos de Boyero etc...etc...etc...

Aunque una nota inicial, nos dé a entender que el libro fué escrito para ser publicado precipitadamente, de cualquier parte que apriete saltan versoso como esos: bien ágiles y teñidos del verdadero color.

He aquí, una crónica apresurada del libro de este poeta uruguayo lleno de significados.

Hago un párrafo al retrato del autor, dibujado por Norah Borges. Sobre esta mujer no es necesario insistir. En esta revista ya hemos hablado de su valor artístico y a nuestra mano pueden estar los dibujos que aquí se publicaron de ella.

#### A los compañeros

En un periódico literario argentino se reprodujo nuestra opinión sobre Norah Borges y su obra. Nos alegramos, de que por cualquier motivo, esas palabras de Mario Castillo se hayan tomado en cuenta. ¡Ah! pero, compañeros. Otra vez digan quien lo escribió!

#### Universidad libre por correspondencia

Por algo quedó manifestada, en los últimos Congresos Pedagógicos, la superioridad en pre-

paración técnica de los profesores de la Asociación General.

Sobre todas las cosas, son hombres inquietos, llenos de curiosidad por todo lo nuevo y que no les importa la tontería de los ruinosos escalafones. Ellos prefieren una honda preparación.

Por eso es que hace más de un año, que en distintas partes del país, han desarrollado cursos de perfeccionamiento, al cual han asistido miles de maestros. Buen puñetazo en un ojo para los que dicen por ahí que sólo se mueven alrededor de sueldos e intereses materiales.

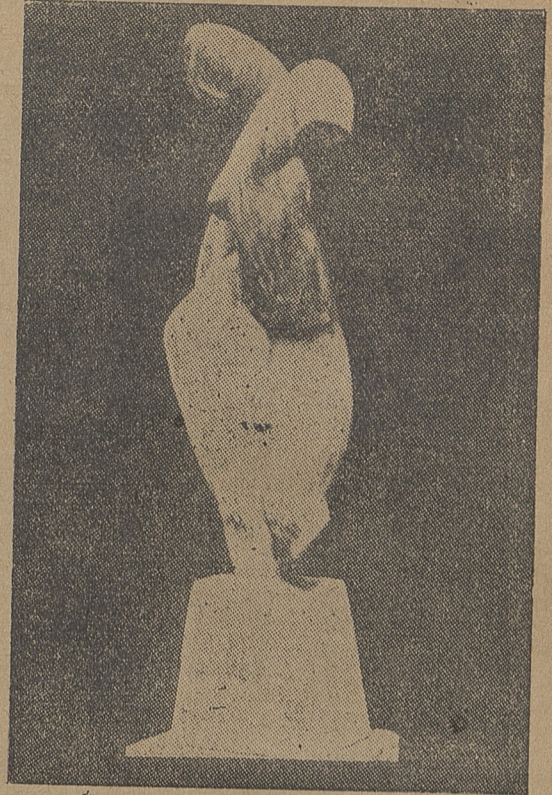
Ahora, nos encontramos ante el comienzo de una obra verdaderamente sorprendente.

Se trata de una universidad libre por correspondencia: Habrá cursos para obreros, de cultura media y de perfeccionamiento para profesores. Anotamos los siguientes cursos: Cultura artística, Biología, Filosofía, nuevas ideas Pedagógicas etc. Es verdad que esperamos un gran éxito a este enorme trabajo que la Asociación se dá por el perfeccionamiento de sus colegas y de los obreros. También anotemos el concurso de todos los que desinteresadamente colaboran.

MARIO CASTILLO



Vino Rosso di Siena: Pettoruti



Bañista: Archipenko

conocidos. La primavera descolgándose ágilmente en arañas de algodones rubios desde los árboles más claros.

Ahí estaban los caminos acariciados por tantos amantes. Apenas se oían sus voces de páñuelos fragantes o veíamos los cigarrillos imperitinentes como moscas de fuego, analizando el aire recién bañado.

Corrimos como si fueran nuestros primeros juegos, cortando por la mitad las frases de amor que solían pasar a nuestro encuentro. Cuando los amantes pasan, queda la sombra de las palabras danzando detrás como si fueran el suave calor con que quedan los guantes que se acaban de dejar.

De vuelta encontramos en casa a Aída, que esperaba componiendo la primera frase con que había de recibirnos:

—Oye, te vinieron a ver.

Más tarde, cuando salí sólo, las calles como nunca, caminaban hacia el sur, dejándome muy solo atrás, como abandonándome hacia la popa de ellas. Al dar vuelta una esquina, me encontré con Orlando y mi amigo Juan.

e

Hoy, cuando volví, de noche a mi pieza, sentí que ELLA brotaba desde cada cosa como la fragancia del verano que siempre dura más allá de la fecha de los calendarios.

Es cierto que está muy lejos, pero aquí está el retrato de cada palabra suya, sosteniendo estas diarias horas de metal.

—Fíjate, todos estos retratos te vieron y — dado el caso — sabrían nombrarte, talvez.

La pequeña ventana se abre como una estampa sobre el cielo. Más allá todo el alfabeto de estrellas de todas las edades y de todos los colores, como las hojas, como las palabras o los libros, posiblemente. Mientras tanto, una estrella está parada moviendo las manos en el costado del cielo, una estrella como un número 5.

## UN AÑO DE NOVELA DE GERARDO SEGUEL

a

En fin... El sol colgado de los últimos árboles, los últimos árboles de la tarde; el agua de la tarde entre nuestros pasos. Así subimos en el bosque que a cada paso creaban nuestros ojos.

Abrió la mano; sentí volar la noche diciendo Yo tomé sus 2 manos para que no deshojaran do ADIOS.

completamente.

Recuerdo que de su pecho nacían las violetas tristes de la niebla.

b

Al día siguiente, me vino a ver. Yo no esperaba sus ojos de novela, ni las flores que bajaban del sol con solo nombrarlas. La pequeña ventana se abría como un libro, una mano parecía.

¿Hablaré de las enredaderas, pinceles de la primavera, donde el sol escribe los nombres de todos los amantes de la tierra?

c

Aquel día la noche llegó descubriéndose a pasos precipitados, descubriéndose de las cintas

blancas de sus horas más claras, después de abandonar la corbata de arboles sobre los cerros viajeros.

Una estrella como un número 5 se desnudaba desde un árbol enlutado.

Sentí la aproximación de un gran vacío, la emoción que se introduce al acercarse a un pozo y contemplar el fondo lleno de signos callados; la impresión del que espera un día de sol, y amanece lloviendo o del que rompe su traje más querido en el primer día de uso. Un péndulo continuo paseaba sobre mi corazón.

¿Habéis sentido descender vuestro espíritu distancias imaginarias, mientras la noche cierra un arco mudo sobre vuestras cabezas?

Ya no se podía dudar. Ahí estaba el día próximo del alejamiento, llamando desde fuera de la puerta, apresurando nuestros pasos. Y era imposible robarle siquiera un minuto, que hubiera sido más hermoso que una estrella.

Los parques en esa hora estarían, sin duda, sosteniendo a tantos amantes, como las letras mayúsculas en la página de un libro.

Allá estaría indudablemente Orlando con Aída, la niña que tiene la voz como un vaso tibio.

d

Volvimos al bosque entre los primeros pedazo nocturnos de una primavera de papeles des-

¡NO OLVIDARSE

En calzado no hay quien pueda competir con precios, forma y duración con el que vende la ZA ATERIA

EL SOVIET

de EDUARDO BUNSTER R.  
San Diego 658 — Santiago

# RAINER MARIA RILKE

## LOS CUADERNOS DE MALTE LAURIDS BRIGGE

Rainer María Rilke. Nació en Praga en 1875, y ha fijado después de muchos viajes por el mundo su residencia en París, donde traducido por primera vez al francés por Andre Gide, es objeto de la actual curiosidad de la joven intelectualidad europea.

Cuando vuelvo a pensar en nuestra casa (donde no hay nadie ahora) me ha parecido siempre que ha debido ser de otra manera. Antaño se sabía—o talvez se sospechaba solamente que uno contenía su propia muerte como el fruto su hueso. Los niños tenían una pequeña, los adultos una grande. Las mujeres la llevaban en el seno, los hombres en el pecho. Uno tenía bien su muerte, y esta consciencia os daba una dignidad singular, un silencioso orgullo.

Hasta mi anhelo el viejo chambelán Brigge, llevaba eso era muy claro—su muerte dentro de él. Y qué muerte: larga de dos meses y tan bulliciosa que se la oía hasta en la alquería. La vieja y larga casa solariega era demasiado chica para contener esta muerte, parecía que había sido necesario agregarle alas para agrandar la, porque el cuerpo del Chambelán crecía más y más; quería ser llevado sin cesar de una pieza a la otra, y esta—llevaba en cóleras terribles cuando ya no había sala donde llevarle si el día no tocaba todavía a su fin. Entonces, con todo el cortejo de domésticos, de mucamas y de perros, que tenía siempre a su alrededor, era necesario llevarlo a lo alto de la escalera, y dejando el paso al intendente, invadía la sala mortuoria de su muy santa madre conservada exactamente en el estado en el cual la muerta la había dejado hacía veintitrés años y donde nadie había penetrado jamás.

Pero toda la jauría hacía irrupción esta vez, corría las cortinas y la luz demasiado fuerte de una tarde de verano visitaba todos estos objetos tímidos y asustados y se volvía con torpeza en los espejos que su brillo desganaba. Las gentes no la usaban mejor. Había domésticos, que a fuerza de curiosidad, no sabían donde poner las manos, jóvenes lacayos que abrían grandes ojos encima de todo, y otros, más viejos que iban y venían y trataban de recordar lo que se les había contado sobre esta pieza cerrada donde tenían la felicidad de entrar por fin.

Pero sobretodo a los perros parecía curioso el estar en un pieza donde todos los objetos llevaban un olor. Los grandes y flexibles lebreros rusos circulaban con un aire completamente absorto detrás de los sillones, atravesaban la pieza con un alargado paso de danza, con un lejero contoneo se levantaban como perros heráldicos, y con las patas delgadas encima del reclinatorio de una blancura dorada, con la frente estirada agudizando sus cabezas pensativas, miraban a izquierda y derecha en el patio. Pequeños falderos de color de guantes amarillos, con aire indiferente como si todo fuese normal, estaban sentados en el ancho sillón de seda cerca de la ventana y un perro de presa rubicano de aire arisco, frotándose el lomo en la arista de un velador de níes dorados, hacía temblar las tazas de sévres sobre la mesa pintada.

## TRES MOTIVOS AL HERMANO

### Del Silencio

Tú te callas hermano, y el silencio habla en tí. Tú te callas y el mundo viene y golpea a tus sentidos: en tu silencio habla la voz del mundo. Tú sientes el viento sacudir las hojas de los álamos, con rumor de fresca agua corriente, y los grillos cantar bajo cada hoja de Trébol, como en noches muertas para ti; tú sientes el chirriar de las cigarras y el crepitar de las lluvias, y la voz del mar, pero callas porque si hablaras, tu voz sería terrible como la de mil truenos juntos y tus fauces se trizarían por el esfuerzo.

Sí, fué una época terrible para estos objetos de espíritu ausente y soñoliento. Sucedió que hojas de rosa, que se habían escapado en un vuelo inseguro y como tornadas de vértigo, libros que alguna mano apresurada había abierto torpemente, eran pisoteados. Guardábase pequeños, débiles objetos que había que volver a su lugar, muy pronto porque se rompían, escondíase otros bajo las cortinas, detrás del enrejado dorado del guardaestrellas. Y de tiempo en tiempo algo caía con un golpe amortiguado por el tapiz, caía estridentemente sobre el parquet duro, se quebraba aquí y allá o se deshacía casi sin ruido, porque estos objetos dañados como estaban no soportaban el menor contacto.

Y si a alguien se le hubiera ocurrido preguntar cual era la causa de todo aquello y quien había llamado sobre esta pieza largo tiempo vigilada con inquietud, todo el espanto de la destrucción, no habría a esta pregunta sino una respuesta: la muerte.

La muerte del Chambelán Christoph Detlev Brigge Ulsgaard. Porque él estaba tendido saliéndose extensamente de su uniforme azul oscuro, sobre el piso, en mitad de la pieza y ya no se movía. En su gran semblante extraño que nadie reconocía, los ojos se habían cerrado; ya no veía lo que pasaba. Al principio había tratado de extenderse sobre la cama, pero él, se había defendido, porque detestaba los hechos desde esas primeras noches en que su mal había crecido. El lecho, por otra parte, había resultado demasiado corto y no había quedado otro recurso que acostarlo así sobre el tapiz; porque no había querido volver a bajar.

Y he aquí que estaba extendido y que podría haberse creído muerto. Como comenzaba a hacerse de noche, los perros se habían retirado, uno tras otro por la puerta entreabierta, sólo el rubicano de cabeza arisca, estaba sentada cerca de su amo y tenía una de sus largas patas delanteras de espeso pelo encima de la gran mano gris de Christoph Detlev.

La mayor parte de los domésticos, estaban afuera, en el corredor blanco que era más claro que la pieza, pero los que habían permanecido adentro miraban a veces a hurtadillas hacia ese gran montón sombrío, en medio de la pieza, y deseaban que no fuese sino un gran ropaje sobre una cosa muerta.

Pero quedaba algo más. Quedaba una voz, esta voz que siete semanas antes no conocía nadie todavía; porque no era la voz del Chambelán, no era Christoph Detlev a quien pertenecía esta voz, sino a la muerte de Christoph Detlev. La muerte de Christoph Detlev vivía ahora en Ulsgaard desde hacía largos, larguísimos días y hablaba a todos, y pedía. Pedía ser llevada, pedía el salón azul, pedía el salón pequeño, pedía la gran sala. Pedía los perros, pedía que se riese, pedía que se hablase, que se jugase, que se callase, y todo a la vez. Pedía ver amigos, mujeres y muertos y pedía morir ella misma: pedía. Pedía y gritaba.

¿Cómo habría muerto el Chambelán Brigge al que le hubiera hablado de morir de otra muerte que aquella? Murió de su dura muerte.

(Traducido por Pablo Neruda.)

Y ahora, hermano, el mundo está callado y nada te habla; tu no sientes ni el clamor del viento, ni el canto de los grillos, ni el chirriar de las cigarras ni la voz del mar; el mundo está muerto, y tú con él; y tú sigues en silencio porque tu garganta está árida y tu lengua seca; nada tienes que decir; nadie te dirá nada; estás sobre el mundo difunto y callas; te rodea el silencio y tú te envuelves en él, como en una mortaja.

### De la soledad.

Estas sólo, hermano, frente al mundo que sólo

existe por tí, si tú alargaras tus manos para palparte no te encontrarías, y si te hablaras no te contestarías, porque tú estas sólo, frente al mundo que sólo por tí existe.

Tú estas sereno en tu soledad; frente a tí Bergson muequea irónicamente; frente a tí Bergson ensaya su risa; porque tú veras solamente las cosas en que veas una acción tuya posible, es decir, en que te veas a ti mismo; hermano, Bergson te condena a no verte más que a tí.

Y sin embargo tú sientes lo exterior golpear todas tus puertas, y tú las abres de par en par y sin embargo tú te sientes enchido de gérmenes y de pólenes que no son tuyos; tú sientes por las fibras de tus nervios pasar esos estremecimientos con que lo que no eres tú te invade; y un calor frío asciende por tu columna vertebral hasta la nuca, y todos los pelos de tu cuerpo se erizan. Tú sientes en tu cabeza, como en la cabeza del jonio de Heródoto, melificar las abejas y eres como la parturienta, porque una fuerza extraña te obliga a dar a luz tu concepción del mundo.

Pero he aquí, hermano, lo que habías olvidado: estas sólo, sólo, tan sólo que ni tú mismo te acompañas; porque tú no eres el del instante anterior, y en este instante mueres para dar lugar a otro, tú; y lo que quieres expresar, tú emoción de ahora morirá contigo, y nadie fuera de ti la conocerá jamás.

He aquí, hermano; he aquí palabras, he aquí colores, contornos, notas; toma esto y extrínsecate; toma esto y modela tu emoción; toma esta moneda muerta, esta moneda uniforme; que nada tiene que ver contigo: ella es tu único medio de expresión; lo que tú pongas en ella de tuyo, se irá contigo, y al conocerla después pondrás en ella otras cosas tuyas diferentes que también se irán.

Habla para que nadie te oiga, hermano; canta para que nadie te escuche, ni tu mismo siquiera, estas tan sólo que si te buscaras no te encontrarías; estas sólo, desesperadamente sólo, frente al mundo que sólo existe por tí.

### Del dolor

Levántate, hermano, y sígueme pues ya clarea la aurora; yaces con la frente en el polvo y el mundo entero se agita en tu pecho; levántate y ven por las colinas, junto a los torrentes espinos.

de aguas pardas y heladas, entre los mirtos y los Yo podría llevarte entre las higueras sagradas, hacia las pagodas labradas como joyeles donde mora Yanardaria, el dios de ojos de loto; podría llevarte entre la arena tórrida, hacia las palmeras del oasis y el brocal del pozo viejo; podría guiarte bajo los plátanos y los olivos entre los mármoles jonios, junto al Egeo, mientras en el horizonte las islas del archipiélago rojean como hogueras: podría llevarte bajo los cipreses y los pinos itálicos, hacia las fuentes, instres por un dístico de Platon, y por versos de Rousard.

Pero tú vendrás conmigo, hermano, hacia los Olivos blancos al pié de los Apeninos, junto al Arno. Vendrás entre las viejas piedras de las torres derrocadas, hacia los álamos cincelados en oro que ascienden una colina, vendrás conmigo y apoyados en las piedras decrepitas te veras renacer y rejuvenecerás el mundo.

Tú quisieras, hermano, apoyar tu frente en el córtice de un pino; tú quisieras mojar tus manos en el agua verde; y crees que tu viejo dolor te dejaría; te equivocas.

Y sinó, quisieras arojarte al suelo y sumergirte en tu dolor terrible, para que fuera él tu mundo; muy dichoso serías si así fuera; pero en tu espíritu hay aún bastante alegría para que tu dolor te envuelva y te liberte. Si pudieras, hermano, desterrarla; si pudieras vivir tu dolor pleno podrías hundir tu frente en el polvo y allí que dar; pero tu alegría, tu miserable alegría te llama. Levántate, hermano y ven.

Juan de Luigui

Acaba de aparecer  
**Rebeldías Liricas**  
por J. D. Gomez Rojas



# UNA PELEA EN LA PAMPA

Seis hombres, con los codos afirmados sobre la mesa, medios sentados y medios de pie, seguían con la mirada, el lento deslizarse de la primera carta del naipe que el tallador sostenía en su mano izquierda. El índice de la derecha, húmedo de saliva, recogía suavemente la delgada hoja.

Después del blanco del margen, apareció la línea que en las barajas españolas indica la pinta de la carta.

—Oro es—dijo una voz.

—Oro repitió otra.

—Dos pesos más al seis.

—Van.

El tallador retiró la mano, esperando que se depositara la apuesta. Una vez depositada, el índice, humedecido de nuevo, volvió a subir un poco más la carta.

De pronto reventó una tempestad de exclamaciones: el número había empezado a verse y la pequeña línea curva aparecida indicaba que sería uno de estos cinco: un dos, un tres, un ocho, un seis o un nueve. Descontando la posibilidad de que fuera alguno de los tres primeros, quedaba la expectativa de los dos

—¿De quién es ese peso?—preguntó el garitero.

—Mío...—respondió un joven, de unos diecinueve años, parado al final de la línea de jugadores.

—¡Psch! ¿Me has visto cara de tonto?—interrogó el pagador.—¿Cuánto jugaste?

—En la segunda carta que sacó el tallador.

—¿Y cuándo, que yo no te ví?

—¿No lo digo, pues, señor, que en la segunda carta?

—¡Esta sí que es buena! Oye, Miguel, ¿jugó Leyton en la segunda carta?

—No sé, no me fijé—contestó el tallador.

—¿No ves?

—¡Vaya, señor! ¿Así es que porque él no se fijó, yo voy a perder mi apuesta?

—No, no... ¡Miren que diablo! puso la plata cuando vió que la banca perdía. ¿Te vienes a armar con ese peso? No, caballero, no. Aquí no estamos enderezando cureunchos... ¡No faltaba más!

—Bueno, señor, no hable tanto... Al fin y al cabo, la culpa es mía, por meterme a jugar con pillos y sinvergüenzas...

Temblando de coraje, recogió su moneda, la guardó y se fué.

El garitero, entonces, como si algo adentro se le hubiera destapado repentinamente, vomitó un torrente de injurias y blasfemias, concluyendo por hablar de balazos y puñaladas. Entre gritos y rizas lo calmaron, y el juego se reanudó.

—¡Jugar, niños, retirar las manos de la mesa! ¡Atención, que el que más mira menos ve! ¡Jugar y cubrir las pintas!

El joven insultado, mientras tanto, después de salir de la casa de juego del Rucio Ramos dando un tremendo portazo se marchó sobre la acera a largos y resueltos pasos, lanzando interjecciones en voz alta y pegando con el puño en las paredes.

El insulto lo había enardecido; le dolía en la cara como la quemadura de un latigazo. Cualquiera otro hubiera sido menos grave y menos infamante que ese. Podía permitir que se le llamara ladrón, salteador, hasta asesino; pero eso no, eso no... A un hombre no se le puede llamar así, sin correr el riesgo de perder los dientes, o la vida. El lo creía así y así tendría que proceder.

Llegó a una esquina y allí estuvo parado un momento, reflexionando. Por fin murmuró:

—Voy a ver a don Pancho.

Caminó varias cuadras, llegó al Camino de Cintura y torció hacia la derecha, metiéndose después en una callejuela oscura. A los pocos pasos se detuvo ante una puerta, escuchó en ella. La casa estaba en silencio. Golpeó. Después de un rato, una voz grave de hombre preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—Yo, don Pancho; el chiquillo Leyton.

Se oyó el ruido de una tranca que resbalaba sobre la puerta, ésta se abrió y la misma voz grave, desde la oscuridad del pasadizo, dijo:

—Entra, Guillermo.

Entró el joven. El hombre colocó de nuevo la tranca en su sitio, avanzó por el pasadizo y abriendo una puerta hizo pasar al joven y él entró detrás. A la luz de la lámpara apareció un hombre muy alto, huesudo, de bigote gris, ojos negros y penetrantes. Estaba cubierto con una manta de castilla.

—Siéntate—dijo.—¿Qué andas haciendo por aquí? Estas pálido. ¿Qué te pasa?

—Venía a hablar con usted, don Pancho.

—Bueno, hablemos.

Encendió un cigarrillo, sentándose calmamente.

—Habla sin cuidado. ¿Andas en la mala?

—No, don Pancho; es otra cosa.

—Vamos a ver.



Jugadores de naipes: Geo.

últimos. Con nueve ganaba la banca: con seis, los apostadores.

—Es un nueve.

—No; un ocho.

—¡Es un seis, niñitos; es mi encartada!

—¿Nadie juega más?

—No, señor; échelo no más.

Se deslizó nuevamente la carta y entonces no quedó duda alguna: era un seis o un nueve.

—¡Es seis!

—¡Seis!

—¡Lo tenemos agarrado de la cola..!

El tallador tiró bruscamente de la carta. Apareció un flamante seis deoros.

—¡El seis deoros!

—Perdió la banca.

—¡Aquí, cuatro!

—¡Aquí, diez!

—¡Aquí, cincuenta cobres!

—¡Chís! No juegues tan subido...

—¡Aquí, un pesito!

—Bueno, no griten... A todos les voy a pagar—dijo un hombre moreno y gordo, el garitero, sentado junto al tallador.

Empezó a pagar, a este cuatro, a este otro diez, al de acá dos, al de más allá, cincuenta centavos, al de aquí cinco. Al final, sólo quedó un peso fuerte sobre la mesa.

El garitero tuvo un acceso de ira. Dió un feo puñetazo sobre la mesa y acercándose al joven, mientras le ponía los puños debajo de la nariz, le preguntó:

—¿Quién es pillo y sinvergüenza?

—Vos—contestó el joven, sin inmutarse.

El garitero se rió nerviosamente y volviéndose hacia los que allí estaban, dijo:

—¡Miren quién me llama pillo y sinvergüenza! Este niñito, que acaba de salir del presidio después de cumplir una condena por robo, ¡Ladrón!

—¿Y qué más me sacas?—preguntó con sorna el joven.

—¡Salteador!

—¿Y qué más?

—¿Qué más te sacó? Esto...

Y agregó un horrible insulto.

El joven retrocedió. Pálido y apretando los dientes, preguntó:

—¿Por qué me dices eso?

—¿Por qué? Porque todo el mundo lo sabe, y vos mejor que nadie.

Y sarcásticamente, explicó los motivos que tenía para llamarlo como le había llamado. Y de tal modo lo hizo, que el joven no supo qué responder para alejar la acusación que le hacía.

Un mes hacía que Guillermo Leyton había salido del presidio, donde cumpliera una condena por robo. Durante su permanencia en el penal, hizo amistad con don Pancho, quien se encontraba allí procesado por un salteo con homicidio. Don Pancho, que conocía a primera vista la calidad de los hombres, pudo apreciar en el joven Leyton ciertas cualidades que le agradaron: voluntad, guapeza y un grave sentido de la dignidad dentro de su carácter de delincuente. Debido a esto, concedió al joven su protección, llevándolo a vivir a su celda, prestándole pequeños servicios y compartiendo con él las comodidades de que disfrutaba. El joven, agradecido por la atención que don Pancho le demostrara, hizo cuanto estuvo de su parte para retribuir los favores recibidos y agradar a don Pancho, limpiando la celda, lavando el reducido menaje de cocina que don Pancho poseía y desempeñando otros menudos quehaceres.

Esta amistad y esta mútua simpatía despertaron la envidia de los demás presos, que empezaron a correr la voz de que entre don Pancho y el chiquillo Leyton existían otras relaciones que las que supone una simple amistad entre hombres... Y como Guillermo era jovencito y don Pancho hombre ya maduro, y como am-

bos vivían separados, de palabra y de hecho, de los demás detenidos, ello contribuyó a que lo que en un principio fuera una simple murmuración, tomara cuerpo, transformándose en una verdad probada o indiscutible, que rebazó las paredes del presidio y esparcióse rápidamente entre la gente trágica.

Cuando Guillermo, después de cumplir su condena, salió del presidio, se encontró con esa calumnia como con un regalo de libertad. Varios amigos se lo dijeron, y aunque ello le molestó algo, no quiso darle importancia. Y nunca se la habría dado si no hubiera sucedido lo que acababa de suceder, que se lo dijeran en serio delante de otros hombres.

Don Pancho no lo sabía, nadie se lo había dicho. En todo el presidio, y eso que en él se andaban pájaros bastante bravos, se hubiera encontrado con un hombre capaz de decir a don Pancho:

—Entre tú y Leyton... ¿he?

El que a tal cosa hubiérase atrevido, no habría podido dormir bien en muchas noches.

Por esto, la calumnia cogióle de sorpresa, dejándolo pensativo. Primero, le dió ira; después risa. El conocía bien a la gente baja del presidio, ladronzuelos de suburbio, pequeños asaltantes, guapos de oficio, ralea menuda, sin valor alguno. Inventa una calumnia con la misma facilidad con que le roba una prenda a un compañero confiado. Sin embargo, eso no podía quedar así. Era la primera vez que una mancha de esa especie caía sobre su persona, porque, mirándolo bien, el calumniado era él, ya que se le suponía capaz de semejante ruindad y baja. Y como alguien tenía que responder por los demás, ese alguien sería el garitero que insultó a Guillermo.

Por eso, cuando Leyton le preguntó:

—¿Que haré, don Pancho?

El contestó, arrojando la colilla de su cigarrillo:

—Desafíalo a pelear, yo te acompañaré. Mañana a las seis de la tarde, en la Pampa. Ven a buscarme.

Se despidieron. Guillermo se fué contento, aliviado. Yendo con don Pancho, llevaba ganada la mitad de la pelea.

Casi corriendo llegó a la casa de juego del Rucio Ramos, abrió la puerta de un puntapié y ante la estupefacción de todos los presentes, dirigiéndose al garitero, gritó:

—Oye, vos, pillo y sinvergüenza: mañana a las seis de la tarde te espero en la Pampa. Allí sabremos quién es el más... hombre de los dos.

El garitero se quedó con la boca abierta.

El prestigio de que gozaba don Pancho entre la gente de avería, no lo había conquistado jugando a las bolitas o encumbrado volantines. Silencioso y solitario, no era don Pancho uno de esos guapos de cantina que pelean con otro por cualquier motivo fútil. El nunca faltaba el respeto a nadie, no provocaba jamás riñas. Era muy afable, cariñoso en su trato, y cuando hacía uso de sus manos, de las cuales se decía que rompían donde pegaba o desahogaba su violencia en una forma más brutal, era porque juzgaba llegado el momento ineludible de hacerlo. Pero fuera de estos momentos, que tampoco eran muy escasos, trataba de igual manera a todos los hombres, sin distinguir a nadie entre los demás. A causa de estas cualidades, se le quería mucho, y por ello se le respetaba mucho también, pues la gente dábase cuenta de que esa afabilidad y esa llaneza provenían de una fuerza interior, superior a la que estaban acostumbrados, equilibrada perfectamente con otra exterior.

Su prestigio venía además, de su leyenda de bandido, bandido en el sentido de nobleza y de alto valor que la gente del pueblo da a esa palabra. Sus aventuras corrían de boca en boca entre los hombres de trilitroya y esposas; sus asaltos, sus peleas con la autoridad, sus lealtades, fugas y condenas, formaban muchas veces el motivo de las conversaciones entre el lobaje del presidio. Cuando don Pancho llega-

ba a una casa de diversión, se suspendía, al verlo, el baile y el canto y sólo se reanudaban cuando él lo pedía. Igual cosa pasaba en las casas de juego y en todas aquellas partes donde aparecía su alta y nerviosa figura.

Al otro día, como a las cuatro, Leyton golpeaba la puerta de la casa de don Pancho. Este lo hizo pasar a su cuarto. Allí abrió una vieja cómoda y sacó de ella una daga y un cuchillo. La daga era muy larga, recia y afilada como un machete, pesadísima; el cuchillo era más bien una de esas terribles armas que los españoles llaman navajas; corto, de un solo filo y agudísimo, que terminaba en una delgada y elegante curva.

—Elige una de éstas—le dijo.

—No, don Pancho, no se moleste; yo tengo ya mi herramienta.

—No; elige una de éstas. Son muy leales y fieles. No te dejarán en vergüenza.

Decidióse Leyton por el cuchillo. La daga era demasiado grande; parecía más apropiada para una pelea a caballo. Don Pancho la tomó y la hizo desaparecer debajo de su manta.

—Cuando uno va a bailar cueca, tiene que llevar pañuelo—dijo.

Salieron a la calle y se encaminaron lentamente hacia la Pampa. La Pampa llamaban en ese tiempo al Parque Cousiño, nombre que tal vez tenía su origen en la impresión de aridez que da el centro del Parque, lleno de tierra y sin árboles. Durante el camino, don Pancho recordó a Leyton ciertas lecciones que le había dado sobre el manejo de las armas blancas, en lo cual él, tenía mucha práctica.

Llegaron al Parque y se pasearon un rato entre los árboles, esperando la llegada del contrincante. Leyton estaba un poco nervioso: era la primera vez que peleaba en una forma franca con otro hombre armado como él.

De pronto sintieron un griterío detrás de ellos. Se detuvieron y mirando hacia donde venían los gritos, vieron que por el camino de los vehículos, avanzaba un coche lleno de hombres que cantaban cuecas, batían las manos avivándola y lanzaban penetrantes gritos de animación. Cuando el coche llegó frente a ellos, alguien ordenó parar; detúvose el coche y los que en él venían sintieron que el canto se les cortaba en la garganta y la alegría desaparecía de sus rostros, al ver a don Pancho parado junto al chiquillo Leyton. Descendieron silenciosos, tropezando unos con otros. Al final bajó el garitero. Avanzaron despacio y saludaron respetuosamente.

—Buenas tardes, don Pancho...

—Buenas tardes, niños... ¡Cómo te va, Tifitifi!— exclamó después, saludando irónicamente al garitero.

—Para servirle, don Pancho—respondió el garitero secamente.

Siguieron todos caminando, en silencio, has-

ta llegar a uno de los rincones del Parque. Allí se detuvieron y después de breves palabras, el grupo formó un círculo alrededor de los que iban a pelear. En ese momento don Pancho dijo:

—Amigo Tifitifi, usted ha insultado al chiquillo Leyton y me ha insultado a mí. Aquí vamos a ver si es capaz de sostener, como hombre, lo que anoche dijo.

Y después de mirar hacia todos los lados, ordenó:

—¡Ahora!

Los dos duelistas avanzaron.

Tifitifi, llamado irónicamente así, por la costumbre que tenía de pronunciar esas sílabas cuando repartía el dinero del juego, diciendo: tifitifi para mí, tifitifi para vos, era un hombre valiente en principio. Nadie podía jactarse de haberlo convidado a pelear sin que él hubiera aceptado. Acudía siempre y se paraba, cuchillo en mano y con toda la arrogancia del caso, frente a su rival. Acometía él primero, demostrando empuje y coraje. Pero cuando la hoja del cuchillo principiaba a danzar ante sus ojos y cuando el que peleaba con él demostraba las malas intenciones que tenía, Tifitifi, sentía un miedo horrible; empezaba a retroceder, disimuladamente primero, francamente después, y por fin, abandonando toda idea de decoro y dignidad, echaba a correr como quien apuesta algo a su rapidez. Debida a esta mala costumbre, toda la región glútea de su cuerpo estaba cubierta de cicatrices, pues el que peleaba con él, al verlo huir, lo seguía, y no pudiendo pegarle de frente, y dándole compasión la actitud vergonzosa de Tifitifi, se conformaba con herirle en esa parte. En una riña rápida y apretada, sin posibilidades de huida, Tifitifi habríase conducido como un valiente, pero cuando la pelea se alargaba más allá de dos minutos, Tifitifi estaba perdido para el valor.

Ese día, acudió a la pelea con la seguridad de dejar tendido sobre el pasto al chiquillo Leyton. La juventud de éste y su posible inexperiencia parecíanle propicias. Confiado en esto, tomó un coche y convidó a varios amigos. Por el camino encontraron a otros y los que ya iban con él convidaban a los demás:

—¡Oye, oh! ¡Sube, vamos a ver pelear a Tifitifi!...

La seguridad de su triunfo, y el optimismo que ello le provocaba, se contagió a sus compañeros, que empezaron a cantar y gritar alegremente, llegando en ese tono la animada comparsa a la Pampa.

Pero Tifitifi tuvo ese día la sorpresa más grande de su vida. Desgraciadamente para él, fué también la última.

En lugar del jovencillo inexperto que esperaba y deseaba, encontróse con un hombre que se le plantó al frente, decidido y resuelto, con todo el aspecto y la postura de un viejo y fino cuchillero. Tifitifi empezó a saltar de un lado para otro, moviendo ágilmente el cuerpo, haciendo mil contorsiones y piruetas repentinas, con el ánimo de desconcertar a Leyton y engañarlo, haciéndolo descuidar su guardia cerrada. Pero el joven, imperturbable, recordando los consejos de don Pancho, guardó la misma actitud, limitándose a seguirlo en sus movimientos, sin perder su sangre fría. Se veía claro en sus ojos y en su ademán que esperaba el menor blanco para lanzarse o fondo en un solo y definido "viaje".

Esto empezó a alarmar a Tifitifi. Dejó de saltar y pareció replegarse sobre sí mismo, concentrando su atención en el brazo armado del joven. Entonces, este principio a seguirlo. Repentinamente se estiró. Tifitifi dió un salto atrás. La hoja del cuchillo pasó a dos centímetros de su garganta y enseguida volvió a pasar a la misma distancia. Tifitifi experimentó un miedo feroz e inconscientemente miró hacia atrás, como buscando un camino libre para

## EDITORIAL CLARIDAD

Atendiendo a reiteradas e insistentes peticiones de nuestros lectores hemos resuelto editar en un folleto los diversos artículos que sobre el **Problema Sexual** ha publicado en estas columnas el Dr. Juan Gandulfo. En este folleto, que será impreso con todo esmero y cuidado, se insertará también la primera conferencia dictada por el Dr. Gandulfo en el curso de perfeccionamiento de la Asociación de Profesores. Por tratarse de una emisión limitada, se ruega hacer los pedidos oportunamente a Casilla 3323 Santiago.

huír. En este momento don Pancho gritó:

—¡Se te va a arrancar, Leyton!

Cuando Tifitifi, después de su breve mirada hacia atrás, volvió la cabeza, vió que el chiquillo Leyton había saltado hacia adelante y estaba encima de él. Lanzó un ahogado grito de angustia y echó la cabeza hacia atrás, pero el joven había calculado bien la distancia y el cuchillo rebanó la robusta garganta. La sangre saltó violentamente.

—¡Bonito tajo, chiquillo! ¡Pégale otro por mí!

Guillermo recogió su brazo y lo lanzó de nuevo en una amplia curva. El cuchillo, esta vez, cogió el costado izquierdo del garitero, el cual se dobló como una caña quebrada, cayendo después de rodillas. Así estuvo un instante, procurando retener la sangre que fluía de su garganta. En seguida se desplomó de bruces en el suelo.

—Le cortaste la gran vena...

Todos los espectadores se miraron entre sí, pálidos no sabiendo que actitud asumir. Entonces, don Pancho avanzó tranquilamente ha-

cia el centro del espantado círculo, recogióse la manta sobre los hombros y dirigiéndose a los amigos de Tifitifi, dijo con acento frío e irónico:

—Ahora, si alguno de los caballeros presentes quiere pelear conmigo, estoy pronto a servirlo.

Retrocedió el grupo y se escucharon breves respuestas:

—¡Cómo se le ocurre, don Pancho!

—¡Psch!

—¿Está payaseando?

Y todos huyeron precipitadamente hacia el coche.

Don Pancho sonrió. Después miró el cuerpo de Tifitifi, vió que permanecía en la misma actitud en que cayera y recordando la superstición que existe, de que si un hombre asesinado queda echado de bruces, su matador fatalmente será aprehendido, dijo a Guillermo:

—Oye, chiquillo; dalo vuelta.

Y hecho ésto, se fueron.

MANUEL ROJAS

## NOTAS Y COMENTARIOS

### El Consejo de Educación Primaria.

Es un organismo inservible que con su actitud atrabiliana, está entorpeciendo la marcha de la educación en Chile, oponiéndose a toda reforma fundamental que exige, más que nunca, el anacrónico sistema educacional, que para vergüenza, todavía poseemos.

Es verdad que la acción de los profesores organizados se dirige en franca oposición, contra las autoridades de aquel servicio. Se requiere, sin embargo, una vigorosa campaña, en que se mezclen fuerzas de ignorancia vital para la educación, dirigidas al derrumbe de aquel organismo. Sus acuerdos torpes, movidos por la más baja politiquería, por desmedida esgrima del favoritismo y del empeño, están desquiciando al servicio en forma tal, que eso huele a corrompido. Existe además, un jefe del servicio, silencioso capatáz de esa administración que solapadamente persigue a los profesores valientes y que oculta su incapacidad y ansia logrera, en la sombra de una oficina pública. Es risible el antojo de nuestras autoridades escolares aferradas en su sitio, sin que pongan oído al erugido de su situación y al avance que tarde o temprano las arrastrará en su desborde incontenible.

No debemos admirarnos tampoco de este proceso de corrupción en un servicio educacional, en que repercute, necesariamente, el descalabro enorme en que se despeñan las instituciones del país.

X.

### El incidente en la Cámara.

El incidente de la Cámara de Diputados ha provocado un verdadero diluvio de manifestaciones y declaraciones de los diversos grupos que en cualquier forma se disputan el favor popular.

Sin entrar en un análisis detallado de las contradictorias declaraciones formuladas, vamos a puntualizar algunos hechos que nos permitan, en parte, aclarar la situación de ciertos organismos que tratan de abrogarse la dirección de las fuerzas proletarias.

El manifiesto de los asalariados—en pugna con la primera actitud asumida por los Diputados de ese partido al plegarse a la tendencia civilista de los políticos—permite entrever que hay una marcada concurrencia de propósitos con la exposición de motivos que hiciera en la Cámara el Ministro de la Guerra.

Ambos han sostenido que el Parlamento y el Ejecutivo no responden de ninguna manera a las necesidades del momento que requieren una mayor comprensión de los problemas que afectan de inmediato al país. Son, por consiguiente, dos poderes completamente inútiles.

¿Será una simple coincidencia la justeza y

exactitud de estas dos opiniones? ¿No responderá ella al desarrollo de un plan determinado, cuyo objetivo sería la clausura del Parlamento, la abolición del Ejecutivo y el entronizamiento de una nueva forma de Gobierno que se apoyaría en el Ejército y en los Asalariados?

No nos atreveríamos a adelantar una respuesta afirmativa, faltos como estamos de elementos suficientes para formular un juicio; pero, la verdad es que nos parece muy curioso y sugestivo el papel que los asalariados han desempeñado en este conflicto.

Por su parte, el Partido Comunista, que el 23 de Enero se entregara incondicionalmente a los militares para satisfacer más tarde sus ambiciones políticas, se niega ahora a defenderlos y ha propiciado la unión de los trabajadores para detener la reacción fascista, por medio de la dictadura comunista.

¿Será sincero el proceder de los políticos comunistas cuando hablan de combatir la dictadura, siendo que ellos también propician otra dictadura?

¿No tratarán de valorizarse con esta determinación, previendo que si llega a producirse un entredicho que altere el régimen constitucional, aparte de ver alejarse los beneficios que ofrece el parlamentarismo, no serán esta vez el centro de las nuevas actividades como lo fueron en el recordado movimiento de Enero?

Sobrados motivos tenemos para hacer esta suposición. En efecto, los comunistas se han negado siempre a prestar su ayuda cuando han sido solicitados por las organizaciones gremiales. No quisieron secundar la huelga de los arrendatarios; han estado vacilantes ante la cooperación pedida por el comité que patrocina la abolición de la ley 4054; y se han opuesto terminantemente a plegarse a más de un paro general realizado con el objeto de protestar por algún abuso gubernativo.

¿Cómo creer entonces en gente que reclama solidaridad sólo cuando se ve amenazada en sus limitados y pequeños intereses de partido?

Un tercer elemento, que felizmente no pesa en la opinión pública y que carece de fuerzas propias y efectivas, ha adelantado por ahí la especie que es preciso amparar cualquier cosa, sea un Ejecutivo o un Parlamento fuerte, siempre que se proponga establecer una dictadura de bien social. Así como queda dicho, una dictadura de Bien Social.

Y pensar que todas estas cosas que en realidad no merecen comentarios, se divulgan en nombre del buen sentido y del espíritu práctico.

Como se vé, no puede ser mayor la confusión que se nota en las agrupaciones que pretenden orientar el movimiento proletario. No hay en ninguna concordancia de procedimientos para apreciar debidamente la cuestión.

Todas están cubiletando lo mismo que los

partidos históricos que combaten con tanto encarnizamiento.

Estas son, sin embargo, las fuerzas renovadoras que van a construir el edificio del Chile Nuevo!!

A. DEMARCHI.

### La agitación en contra de la Ley 4054, el paro de los obreros del Cuero y Panificadores.

La situación de calma producida hasta hace poco en torno de las actividades sindicales se ha quebrado con la actitud de los obreros de la Industria del Cuero, frente a la aplicación de la debatida ley 4054, de Seguro Obligatorio.

Esta ley de Seguro Obligatorio, fué acogida por muchos sectores obreros al dictarse, y aún después de comenzar a aplicarse, con un silencio que entrañaba una oscura y pasiva concepción.

El Gobierno, por su parte, puso y pone un empeño decidido, (enteramente desconocido anteriormente, para la aplicación de cualquier ley de beneficio obrero?) en el cumplimiento estricto de esta ley. Se creó con tal objeto la Caja de Seguro Obligatorio de invalidéz, enfermedad y vejez, organismo burocrático que se ha expedido con un envidiable celo en el sentido de convencer a los obreros, a industriales y a todo el mundo, tanto de la bondad de la ley misma como del positivo beneficio y protección que significa para el desamparado obrero. El programa de esta Caja ha sido por demás simpático. Ha derrochado millares de pesos en avisos y avisos insertados en los diarios, con lo que ha ganado el silencio de los mismos; ha comprado a cuanto dirigente o traidor obrero se ha puesto al alcance de su cotización; habilidosamente ha conseguido "convencer" a numerosos enemigos de la ley, para lo cual les ha creado una buena situación como asalariados de la Caja. Ha lanzado la sospecha y ha esgrimido la calumnia alrededor de aquellos que con fervoroso celo defienden al trabajador de las garras de esta ley succionadora. Ha gastado todo lo que ha podido gastar en empleados bien rentados, en conferencistas ad-hoc, etc. Y lo menos que ha podido en lo que a la atención médica de los asegurados se refiere. Denuncias y quejas alcanzan a un buen número.

Puede verse, pues, la labor tan interesante desarrollada por la Caja y es posible que continúe adelante hasta donde la resistencia obrera la detenga.

Los obreros de la industria a que nos referimos antes, habfan conseguido detener su aplicación; los patrones a quienes no les conviene tampoco, mantenían una posición un tanto tolerante. La resistencia alcanzaba un buen éxito. Pero, he aquí, que los patrones notificaron solidariamente que desde el Sábado 6 del presente la ley se haría efectiva, iniciándose los descuentos correspondientes.

Tal actitud patronal determinó la declaración del paro total de curtiembres y fábricas de calzado, lo que ha dado motivo para la intensificación de una agitación que ha alcanzado a otros gremios, consiguiéndose desde luego la adhesión de varias organizaciones y obteniéndose por otra parte también la paralización del trabajo en las panaderías.

G

### SASTRERIA "CHILE"

DE

Alejandro Cepeda

San Pablo 1139

entre Bandera y Morandé, Santiago

Gran surtido permanente de casimires nacionales y extranjeros. Pre-cios económicos y confección esmerada empleándose los mejores materiales en el trabajo.

Corte en todos los estilos, a entera satisfacción de su distinguida clientela.

SE RECIBEN HECHURAS

## PABLO VIDOR Y EL SALON OFICIAL

COMO NOTA HUMORISTICA DEBE SABERSE QUE EN EL REGATEO DE ESTE SALON 1926, FUERON DESCATEGORIZADAS DOS TELAS DEL PINTOR HUNGARO VIDOR, ACTUALMENTE EL MAS PODEROSO TEMPERAMENTO PICTORICO EXISTENTE EN CHILE, Y FIGURA ARTISTICA QUE HONRARIA UNA EXPOSICION DE GRAN PAIS. SIN EMBARGO, LA TRIQUINUELERIA, EL LADRONISMO, LA DESVERGUENZA CINICA Y SUDAMERICANA, DESPUES DE LLENAR DE PODRE LA POLITICA, LA ADMINISTRACION, LA JUSTICIA, EL COMERCIO, LAS OBRAS PUBLICAS, LOS PASEOS PUBLICOS, EL TRANSITO, LAS SOCIEDADES DE AYUDA, LA POLICIA, EL LICOR, EL REGOCIJO POPULAR, TODO LO QUE TOCA, METE SU CABEZA DE CENTOPIES EN LOS NEGOCIOS FALSAMENTE ARTISTICOS DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES.

P A B L O N E R U D A

## GABRIELA MISTRAL A SILVA ESPEJO

En uno de los números anteriores de "Claridad", publicamos un artículo sobre cuestiones educacionales, de nuestro colaborador Eugenio Silva Espejo.

Este artículo, mereció los más amargos reproches y duros comentarios de parte de varios miembros del profesorado primario.

Se dijo — talvez sin comprender en todo su alcance y amplitud el aspecto verdadero del problema — que en él se hacían afirmaciones extemporáneas, desdorosas e irritantes para el magisterio.

Nada estaba, sin embargo, más lejos de la realidad, atendido el interés y la simpatía con que nuestro periódico ha mirado siempre las actividades educativas y culturales que realizan los maestros.

La carta llena de noble desinterés, precisa y de acertada observación, que Gabriela Mistral — uno de los mejores valores intelectuales de este país — envía a Silva Espejo, es una prueba manifiesta y concluyente, que cuanto se decía en el artículo a que hacemos referencia, estaba en razón y bien puesto en razón.

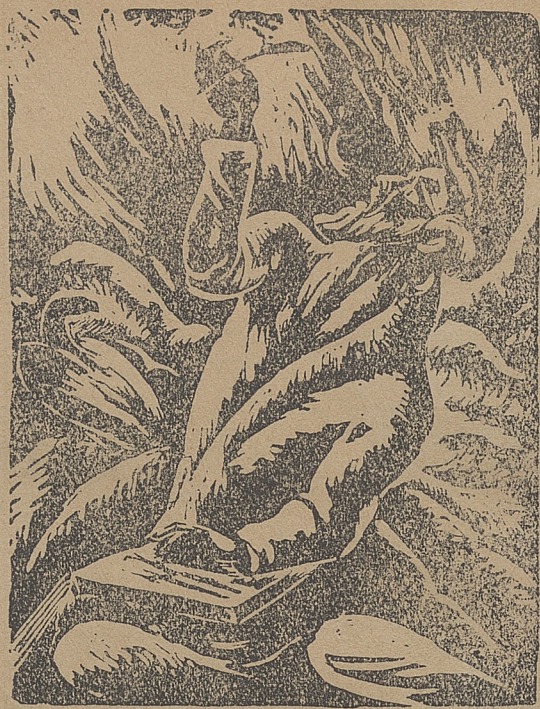
Señor Eugenio Silva Espejo. — Chile:

Aunque no tengo el gusto de conocerlo, quiero decirle con qué apasionada atención — por el motivo y por las ideas que Ud. allega — he leído su artículo sobre el Movimiento Universitario,

Gracias por él, que ayudará a los maestros que lo lean, a ver en claro sus errores.

¿Querría Ud. hacerme la gracia de mandarme "Claridad"? Yo he leído este número por ajeno, pues no la recibo. Y podría, cuando se celebre ese "Congreso Pedagógico", hacerme llegar algunos datos sobre lo que allí se consigne? Yo le estimaré en mucho este servicio. Mis cuatro años fuera de Chile, tienen la culpa de que yo sepa poco de lo que allá se hace.

Un cordial saludo de su servidora. — Gabriela Mistral, Fontainebleau (France) Bóite postal 12 (S. et M.)



San Juan escribiendo el Apocalipsis: Vidor.

## IMPERIO DE LA VIOLENCIA

A pesar que se ha criticado y condenado tanto la violencia, un inmenso molino mueve sus aspas de violencia en rededor de todo. Violencia que viene de arriba, empleada para toda suerte de convencimiento; violencia que brota de abajo y que entrafía siempre un afán de justicia.

En ningún pueblo y en ningún momento de la historia de este cuarto de siglo, fué más triste el cultivo de la barbarie que en la Italia de ahora, manchada cárdenamente por Atila Mussolini.

Ah! Si las hordas de Gergis Khan se hubieran vaciado desde el Asia sobre la Península, talvez fuera su obra, obra de amor y fraternidad al lado de la sistematización de la violencia ejercida por las hordas del fascio, menesterosas de un sólo finalismo noble. Todo impulso de libertad ahogado, toda manera de independencia perseguida sin tregua, sin medida. Odio y desprecio al hombre. Al que no va del brazo del mal, tolerador y coadyuvador del crimen.

Nace, como irresistible necesidad la violencia que salve y purifique la vida así tan mal vivida.

Y por eso, antes que este niño Zamboni, tan niño y tan varón, hay otros que yerran, que yerran lamentablemente con su bomba y con su revólver. Y Zamboni es un símbolo que muere pisoteado por la plebe asquerosa, besadora de su látigo y de su hierro. La faena de las represalias comienza de prisa; no termina aún; no terminará tan pronto. ¿Quién lo sabe cuándo?

Diarios, bibliotecas, hogares de artistas, de literatos, de pensadores y de hombres de arte, saqueados, violados, destruídos. Vagan por todos los rincones del mundo, buscando un refugio muchos hombres que no supieron nunca cuál era su delito, que no fuera el de mirar con ojos limpios las cosas serenas y suaves, bañadas de amor.

Falta la bomba certera de Kurt Wilckens, matador de Varela, la bala precisa de Angiolillo, matador de Cánovas. Falta. Ah! Pero del silencio trágico que pasa por las noches de esta Italia que vive su Edad Media tremenda, alguien tendrá las pupilas abiertas, combinando el instante. El Duce encontrará el justiciero vengador, y es necesario que El venga y salga de las sombras.

P. GIACONI.

Imp. "Germinal". — San Pablo 1671